

~~lo consolará como el Maestro divino actúa. Vestirse de Jesús no tiene que ver solamente con el comportamiento sino también con el pensamiento interior, dice san Pablo (1Cor 2:16). Los sueños deben ser los de Cristo, los deseos y anhelos también.~~

~~Debemos mantener la vestimenta blanca y brillante; sin embargo, no siempre los intentos son coronados con éxito, y nuestro vestido se va enturbiando igual al de un ladrón o un esclavo, dejando de ser así un vestido de bodas. Frente a esta triste realidad al pensar y observar dónde estamos y dónde realmente deberíamos estar, el libro de Apocalipsis nos anuncia que aquellos que han soportado grandes dificultades y tentaciones «han emblanquecido su vestimenta con la sangre del cordero» (Ap 7:14).~~

~~Dejemos que nuestra vestimenta sea blanqueada en la sangre del Cordero sacrificado por nosotros. Cada vez que veamos nuestra debilidad, nuestras dudas y todo aquello que manche la pureza de la luz del rostro de Cristo en nosotros, corramos para que la Sangre del Cordero, que se nos entrega en cada divina Liturgia, nos emblanquee. Nos acercamos con temor de Dios y con amor y fe a participar de la Sangre del Cordero para que lave nuestro rostro pecador con verdadero arrepentimiento, confesión y disposición a las obras de la virtud y a una vida cristiana sincera. De este modo, recuperamos la belleza del rostro divino y emblanquecemos el atuendo bautismal.~~

*Décimo séptimo domingo de San Mateo  
Curación de la hija de la cananea  
Mt 15:21-28*

## La humildad: pilar de la fe

«¡Mujer, grande es tu fe!»

Previamente a su encuentro con la cananea, Jesús estaba hablando a los fariseos y escribas en presencia de los Doce; parece que su discurso no les cayó del todo bien puesto que los discípulos le reclamaron: «¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oír tu palabra?» Y Él les respondió: «Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz» (Mt 15:13). Y al instante, *Jesús salió de allí y se retiró hacia la región de Tiro y de Sidón*, tierra de gentiles que no conocen a Dios, donde una mujer lo buscaría para que curase a su hija. ¿Cómo compatibilizar la posición tajante de Cristo ante los fariseos, hijos de la promesa, y su apertura hacia la tierra de los gentiles, con su respuesta a la petición de la mujer cananea: «No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel»?

Una mujer cananea, dolida por el malestar de su hija «endemoniada» se entera de que pasaba por su tierra Jesús –de Quien seguramente había escuchado–; lo sigue o, más bien, lo persigue con insistencia para que cure a su hija, pero Él *no le respondió palabra*. Los discípulos –no porque

tuvieran compasión de ella sino molestos por el ruido que ocasionaba– piden a Jesús que le atienda para que les deje en paz. El Señor les da una respuesta que realmente les satisface el orgullo, palabras que para ellos en aquel momento –hubiéralas dicho o no– formaban un asunto resuelto e indispensable: «No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel.» El Mesías pertenece a los judíos y punto.

Sin embargo, la mujer a pesar de toda la humillación que encontró –y Dios no permite «seáis tentados sobre vuestras fuerzas» (1Cor 10:13)– todavía se acerca más, se postra y ruega con fervor: «¡Señor, socórreme!» De nuevo Jesús la rechaza, pero ahora con palabras aún más duras: «No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos.» El calificativo de «perros» no era extraño al glosario de los discípulos (como judíos) respecto a los cananeos. Sus prácticas inhumanas, adoración y baja moralidad a tal grado que llegaban a sacrificar a sus hijos –cosa que ni los animales hacen– dieron de ellos una imagen digna de menosprecio y baja estima. Entonces Cristo utilizó esta misma imagen fuerte para despertar la penitencia de la mujer, pero sobre todo para advertir a los discípulos la esencia auténtica de la fe: «No anden diciendo en su interior: “Tenemos por padre a Abraham”; porque les digo que puede Dios de estas piedras dar hijos a Abraham» (Lc 3:8). Aunque el Evangelio no lo dice, es lícito imaginar que Jesús acompañó estas palabras duras con un gesto benévolo hacia la mujer que la movió al

arrepentimiento y a mostrar una fe verdadera enraizada en la humildad: «Sí, Señor, pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.» En su Homilía sobre este pasaje evangélico, san Gregorio Palamás concluye que «la humildad pertenece a los fieles, y la fe a los humildes.» El creyente distingue en los apuros la mano sanadora de Dios, como nos podría decir la cananea: «Con castigo me ha corregido el Señor, más a la muerte no me ha entregado» (Sal 117:18).

Con esta *escena* de la vida real, Cristo mostró a sus discípulos y a nosotros un ejemplo efectivo de la fe que complace al Señor: «¡Mujer, grande es tu fe: que te suceda como desees!» No le concedió su petición para aliviar los oídos de los discípulos, sino porque grande fue su humildad, grande su arrepentimiento: ¡grande su fe!

Una religiosidad soberbia y superficial jamás acata a la divina Voluntad, y ante cualquier ocasión no al gusto reclama a Dios rogándole que «se aleje de su término» (Mc 5:17), mientras la fe verdadera frente a las pruebas, por más duras y humillantes que sean, saca un gemido penitencial: «¡Señor, socórreme!» y experimenta qué es *desplegar las montañas* (Mt 17:20).

